DESARROLLO MOTOR TEMPRANO

Los recién nacidos se hallan muy ocupados: voltean la cabeza, patalean, agitan los brazos y hacen gala de un buen número de conductas reflejas. Incluso los fetos se mueven mucho en el vientre materno; dan saltos mortales, patean e, incluso, se chupan el dedo pulgar. Pero, como hemos visto, ni los fetos ni los neonatos tienen demasiado control sobre sus propios movimientos.

Alrededor del cuarto mes, los movimientos voluntarios dirigidos por la corteza cerebral toman en gran parte el control. El control motor, la habilidad de moverse deliberada y eficazmente se desarrolla rápida y continuamente durante los tres primeros años, a medida que los bebés empiezan a usar conscientemente partes específicas del cuerpo. El orden en el cual adquieren este control sigue los tres principios de desarrollo esbozados antes: de la cabeza a los pies, de adentro hacia afuera y de lo simple a lo complejo.

Dos de las capacidades motrices más distintivamente humanas son el agarre con precisión, en el que el índice y el pulgar se encuentran en la punta y forman un círculo, y la capacidad para caminar en dos piernas. Ninguna de ellas se halla presente en el momento de nacer y se desarrollan gradualmente. Primero, por ejemplo, Sharon agarra completamente las cosas con la mano; luego empieza a usar pequeños movimientos precisos de pinza con el dedo pulgar y el índice para recoger objetos diminutos.

Después que Sharon ha logrado control de los movimientos separados de sus brazos, piernas y pies, estará lista para unirlos y ser capaz de caminar.

Acontecimientos importantes en el desarrollo motor.

A los bebés no se les tiene que enseñar las destrezas motrices básicas; solamente necesitan sentirse libres de interferencia. Tan pronto como su sistema nervioso central, sus músculos y sus huesos están suficientemente maduros, sólo necesitan espacio y libertad para moverse y continuar mostrando nuevas y sorprendentes habilidades.

También son persistentes –tan pronto como adquieren una nueva destreza, continúan practicándola y mejorándola–. Los padres pueden disgustarse cuando el bebé deja caer continuamente un pequeño objeto desde la silla alta y luego empiezan a llorar por él, únicamente para volver a llorar por él una vez les es devuelto; pero esta repetición es parte importante del dominio de esta destreza. Cada nueva destreza que se ejecuta bien, prepara al niño para emprender la siguiente en la secuencia pre ordenada de antemano; así mismo, la proliferación de destrezas motrices da al infante oportunidad creciente de explorar y manipular su medio ambiente y así experimentar estímulos sensoriales y cognoscitivos.
El desarrollo motor está marcado por una serie de acontecimientos importantes: logros que indican qué tan lejos ha llegado el desarrollo.

La prueba Denver de desarrollo en pantalla se diseño para descubrir a los niños que no se están desarrollando normalmente (Frankenburg, Dodds, Fandal, Kazuk & Cohrs, 1975)

entre el mes y los seis años. La prueba cubre destrezas motrices gruesas, tales como rodar sobre sí mismos y agarrar una bola, y destrezas motrices finas como agarrar un sonajero y copiar un círculo.

También cubre el desarrollo del lenguaje (por ejemplo, saber la definición de una palabra) y desarrollo personal y social (por ejemplo, sonreír espontáneamente y vestirse).

La prueba proporciona normas para las edades a las cuales 25%, 50%, 75% y 90% pasan cada destreza. Un niño que no muestra una destreza a una edad en la que 90% de los niños ordinariamente pasa, se considera como retardado en el desarrollo; se cree que un niño con dos o más demoras en dos o más sectores necesita atención especial.

En la siguiente discusión, cuando hablemos sobre lo que el bebé "promedio" puede hacer, por conveniencia nos referiremos a las normas
Denver de 50%. Sin embargo, es importante recordar que no hay un "bebé" promedio. La normalidad cubre una amplia gama; cerca de la mitad de los bebés dominan estas destrezas antes de las edades que se mencionan allí y, cerca de la mitad, después.

Control de la cabeza.

En el momento del nacimiento, la mayoría de los bebés pueden voltear la cabeza de un lado para otro cuando están acostados sobre la espalda.

Cuando se encuentran acostados sobre el pecho, muchos pueden levantarla lo suficiente para voltearla. Dentro de los primeros dos o tres meses levantan la cabeza cada vez más alto.

Alrededor del cuarto mes, casi todos los infantes pueden conservar la cabeza erguida mientras son alzados o sostenidos en la posición de sentado.

Control de las manos.

Cerca de los tres meses y medio la mayoría de los infantes pueden agarrar un objeto de tamaño mediano, como un sonajero, pero tienen problema al tratar de hacerlo con uno pequeño. Luego, empiezan a agarrar objetos con una mano y a pasarlos a la otra y, entonces, a agarrar (pero no a levantar) objetos pequeños. Alguna vez entre el séptimo
y el décimo mes, sus manos llegan a tener suficiente coordinación para recoger objetos pequeños como una arveja con un movimiento como de "pinza". Después de esto, el control de las manos llega a ser crecientemente preciso. A los 14 meses, el bebé promedio puede construir una torre de dos cubos. Dos o tres meses antes de cumplir tres años, el promedio de los niños que empieza a caminar, puede copiar un círculo con bastante precisión.

Locomoción.

Después de tres meses, el infante promedio empieza a rodar sobre sí mismo a propósito, primero de adelante hacia atrás y luego de atrás hacia adelante. Empero, antes de este momento, los bebés a veces se ruedan accidentalmente y, por tanto, no se debe dejar nunca solos a los más pequeños en una superficie en la que puedan rodar y caer.

Los bebés se sientan ya sea levantándose de una posición boca abajo o dejándose caer de golpe cuando están parados. El bebé promedio se puede sentar sin que lo sostengan entre los cinco y los seis meses, y puede sentarse sin que lo ayuden dos meses después.

Cerca de los seis meses, la mayoría de los bebés en lugar de tener que cargarlos de un lugar a otro empiezan a explorar los alrededores por iniciativa propia, en varias formas primitivas. Gatean serpenteando en la barriga y empujan el cuerpo con los brazos arrastrando los pies detrás. Se sientan y avanzan a brincos o corren rápidamente, empujándose hacia adelante con los brazos y las piernas; caminan "como osos" con manos y pies tocando el piso y andan a gatas en manos y rodillas con el tronco levantado, paralelo al piso. A los 9 ó 10 meses, van por todas partes bastante bien, valiéndose de estos medios; por tanto, los padres deben estar siempre pendientes de ellos. Agarrándose de la mano de alguien o de un mueble, el bebé promedio puede pararse un poco antes de los seis meses, pero sólo muy ocasionalmente alcanza luna posición erecta. Cerca de cuatro meses después y tras practicar continuamente tratando de pararse, puede por fin hacerlo. El bebé promedio puede pararse bien cerca de dos semanas antes de cumplir el año.

Todos estos desarrollos marcan grandes progresos en el camino hacia el mayor logro motor de la infancia: caminar. Durante algunos meses después de que pueden pararse sin ayuda, los bebés ensayan a caminar agarrándose de los muebles –dejándose caer sentados cuando llegan al final de la mesa y gateando o bamboleándose de la mesa al sofá–. Poco después de que la mayoría de los infantes pueden pararse solos, empiezan a dar sus primeros pasos sin ayuda, se desploman, vuelven a gatear y luego tratan de caminar otra vez. Después de unos pocos días, el bebé promedio camina ya, aunque temblorosamente y luego de unas pocas semanas –poco después de cumplir el año está caminando bien y ahora se puede decir que está en la etapa de los primeros pasos.

Durante el segundo año los niños empiezan a subir escaleras de una en una. (Pueden gatear escaleras arriba antes de hacer esto –y también caer–; por tanto, se necesita vigilarlos constantemente y colocar puertas en las escaleras). Primero ponen un pie; después el otro, en el mismo escalón antes de subir al siguiente; después alternan los pies. Bajar las escaleras viene después. Durante el segundo año los niños que empiezan á caminar ya corren y saltan, y sus padres quedan agotados al tratar de darles alcance.

A los tres años la mayoría puede balancearse brevemente en un solo pie y algunos empiezan a saltar (a la pata coja).

Influencias ambientales en el desarrollo motor.

Los seres humanos, entonces, parecen estar genéticamente programados para ejecutar actividades tales como sentarse, pararse y caminar.

Estas destrezas se desenvuelven en un patrón regular y ampliamente pre ordenado; los niños deben alcanzar cierto nivel de maduración fisiológica antes de estar listos para poner en práctica tal habilidad.

El papel del medio ambiente en este itinerario es, por norma general, bastante limitado, aunque estudios recientes indican que la experiencia temprana puede afectar los promedios de maduración en ciertas esferas, como la vista (Lipsitt, 1986). En general, cuando los niños reciben, buena nutrición y buenos cuidados de salud, tienen libertad física y se les da la oportunidad de practicar las destrezas motrices, su desarrollo motor será normal (Clarke-Stewart, 1977) Cuando el medio ambiente es ampliamente deficiente en alguna de estas áreas, el desarrollo puede verse afectado –como en el siguiente estudio clásico de los orfanatos de Irán–.

Los ayudantes abrumados de trabajo en dos orfanatos casi nunca tocaban a los niños; los más pequeños pasaban prácticamente todo el día acostados de espaldas en sus cunas y tomaban su alimento de biberones sostenidos con soportes; nunca hacían que se sentaran ni los colocaban sobre el estómago; no tenían juguetes ni los sacaban de la cama sino cuando podían sentarse
sin ayuda (con frecuencia al cumplir los dos años. Si se compara con niños norteamericanos promedio, esta habilidad corresponde a los cinco meses y medio). Y una vez que el niño alcanzaba el suelo, no había muebles diseñados para niños ni juguetes. Estos niños sufrían retraso en su desarrollo motor debido al ambiente deficiente que
les impedía, en un principio, moverse libremente por los alrededores y, luego, les proporcionaba poco estímulo.

A los niños de un tercer hogar los alimentaban los ayudantes entrenados del orfanato tomándolos en sus brazos, los colocaban en el estómago, las sostenían cuando los sentaban y tenían muchos juguetes. Estos niños mostraban niveles normales de desarrollo motor.

Cuando los niños en los primeros dos orfanatos empezaron realmente a explorar los alrededores, se arrastraban sentados, empujándose con los brazos y los pies, más que gatear en las manos y las rodillas. Ya que nunca los habían colocado sobre el estómago, no habían tenido oportunidad de practicar levantando las cabezas o de tirar los brazos y las piernas debajo del cuerpo o sea los movimientos que son necesarios para gatear. Tampoco, ya que nunca los habían sostenido sentados, habían practicado levantar la cabeza y los hombros para aprender cómo sentarse a la edad normal. Para sorpresa de todo el mundo, este retardo aparentemente era normal. Los niños mayores en una de las instituciones, que presumiblemente también habían, sufrido retraso en la edad de la etapa de los primeros pasos, jugaban y trabajaban normalmente (Dennis, 1960). Tal privación ambiental severa es, afortunadamente, poco frecuente, pero es claro que el ambiente puede jugar un papel muy importante en el desarrollo motor y cuanto más anormal sea el ambiente de un niño, mayor será su retraso.

LAS PRIMERAS RELACIONES SOCIALES

EL COMIENZO DE LAS RELACIONES SOCIALES

El hombre es ante todo un animal social, y la vida humana, tal y como la entendernos hoy, sería imposible si los otros no existieran. No sólo la vida del adulto aislado sería difícil de concebir, sino que la del niño sería inimaginable. Casos como la historia de Robinsón Crusoe, el personaje de la famosa novela de Daniel Defoe que sobrevive solo durante años en una isla antes de encontrar a "Viernes", lo que vienen a mostrar es la necesidad que tenemos de los otros y la precariedad de la vida de un hombre solo. Robinsón además puede sobrevivir porque ha adquirido previamente todas las capacidades del adulto e incluso ha conservado muchas de las producciones de la sociedad, a través de los restos salvados en el naufragio. En el caso del niño, el aislamiento tiene efectos más patéticos todavía porque no puede llegar a desarrollarse y convertirse en un adulto sin el concurso de otros adultos, pero además la investigación reciente ha mostrado que la compañía y el cariño de los otros es algo tan necesario para el desarrollo como la alimentación, y que, por tanto, se encuentra entre las necesidades básicas.

En la mitología y la literatura hay ya historias sobre niños que se han criado en aislamiento, amamantados por animales, como Rómulo y Remo, los fundadores mitológicos de Roma, que sobrevivieron gracias a los cuidados de una loba.

Esas historias ponen de manifiesto precisamente lo excepcional o milagroso de esas situaciones. En épocas más recientes se han ido recogiendo casos de "niños lobos", "niños selváticos", seres con profundas privaciones sociales, situados entre los hombres y los animales. Aunque los datos de que se dispone respecto a la mayoría de los casos no son completamente fiables, casi todas las historias de estos seres (entre las que se cuentan las de Víctor de l'Aveyron, plasmada por Truffaut en la película *El niño salvaje*, y la de Kaspar Hauser, que ha dado lugar a la película de Herzog del mismo título) muestran que esos niños o adolescentes, encontrados tras largos años de vida en condiciones precarias y de gran aislamiento, tenían una conducta muy alterada, muy lejos de los logros de sus compañeros de edad, y que el daño era en su mayor parte irreparable.

Gran parte del éxito adaptativo del hombre, hay que atribuirlo, sin duda, a su gran capacidad para cooperar y quizá también para competir de una manera positiva con otros hombres. El ser humano no sólo puede vivir como sus parientes animales con congéneres en grupos, sino que puede cooperar estrechamente con otros en la realización de tareas y, además puede mantener vínculos sociales a lo largo de grandes períodos de tiempo y con individuos que están alejados.

Su capacidad social se apoya, en este caso, en su desarrollo intelectual y nuevamente la conexión entre ambas cosas es muy estrecha. Podemos pensar que el desarrollo social y las relaciones con otros hacen posible la asimilación de la cultura, y contribuyen poderosamente al desarrollo intelectual, pero a su vez éste es el que hace posible el mantenimiento de

relaciones sociales muy extensas en un marco que desborda, completamente, las relaciones inmediatas. Los hombres pueden relacionarse con individuos del pasado a través de vestigios de textos escritos, de objetos, y también pueden mantener comunicación con otros individuos que están alejados en el espacio apoyándose para ello en la representación.

El hecho de que el hombre nazca inmaduro exige, además, la presencia de adultos que se ocupen y satisfagan las necesidades de la cría durante largo tiempo. Esta situación no es única, sino que es compartida con otros primates aunque en el caso del hombre la relación sea más prolongada, más intensa, y con consecuencias más duraderas, si puede hablarse así. Así pues, la capacidad para establecer y mantener vínculos sociales es un aspecto muy importante del desarrollo humano, y es comprensible que a lo largo de la evolución se hayan seleccionado conductas que favorezcan el contacto y la cooperación con otros seres humanos. Harlow y Harlow (1966) han distinguido en los primates cinco sistemas afectivos distintos o que pueden estudiarse separadamente. Esos sistemas afectivos son: el *maternal* o *materno-filial,* es decir, las relaciones que se establecen entre la madre y la cría; el sistema afectivo *filio-maternal,* que es la relación que se establece entre la cría y la madre y que hay que considerar separadamente, porque no es una relación simétrica con la anterior, sino una relación que puede considerarse como recíproca. El sistema afectivo de los *compañeros de edad o camaradas,* que desempeña un importante papel en la segunda fase del desarrollo.

El sistema *afectivo sexual y heterosexual*, que da lugar a las conductas sexuales adultas que sirven entre otras cosas para la procreación. El sistema afectivo paterno, que produce respuestas positivas de los machos adultos hacia las crías y jóvenes.

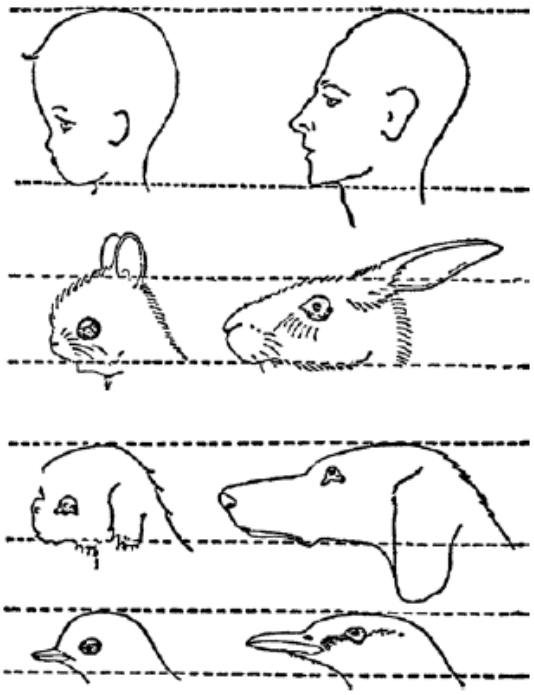
Naturalmente, las relaciones entre estos distintos sistemas son estrechas y probablemente sirven a una finalidad común. Aunque existen diferencias entre unas especies y otras, también hay considerables similitudes que podrían llevarnos a suponer que hay componentes, determinados biológicamente, en esas conductas.

LA NECESIDAD DEL CONTACTO SOCIAL

Así pues, parece claro que para sobrevivir el niño necesita a los demás, necesita adultos que se ocupen de él y satisfagan sus necesidades más elementales. Cuando tiene algún malestar, hambre, sueño, dolor, calor, frío, está en una mala postura, etc., se produce una reacción refleja de llanto. No es que el niño esté llamando a nadie, pero es probable que en las proximidades del bebé haya un adulto, porque no es costumbre dejar a los bebés abandonados durante mucho tiempo. El llanto va a tener como efecto que el adulto se acerque y trate de confortar al bebé, eliminando, en la medida de lo posible, la fuente de malestar. A lo largo de la evolución se han seleccionado conductas beneficiosas para la supervivencia de los individuos y de la especie; las llamadas del niño para pedir ayuda y contacto y luego para interaccionar con los adultos, así como el interés de éstos y sus respuestas a las demandas del niño, forman parte de esas conductas.

CUADRO 9.1

- ESQUEMA HUMANO QUE DESPIERTA LAS REACCIONES DEL CUIDADO DE LAS CRÍAS.



A la izquierda, proporciones de la cabeza que se consideran "graciosas" (niño, jerbo de las estepas, pequinés, petirrojo), a la derecha, parientes que no despiertan el impulso del cuidado (hombre, liebre, perro de caza, oropéndola). Tomada de Lorenz, 1950.

Konrad Lorenz, el destacado investigador del comportamiento animal, ha señalado que existen unos rasgos infantiles en las crías que sirven para desencadenar en los adultos respuestas paternales y que los adultos tienen una predisposición innata para atender a las crías.

El aspecto infantil se caracteriza por una cabeza muy grande frente a un cuerpo pequeño, con una gran frente abultada, unos ojos proporcionalmente muy grandes situados muy abajo en relación con la frente, barbilla poco abultada y, en general, rasgos suaves y redondeados. Estos rasgos están presentes en muchas especies, y también se aplican al hombre. Esa propensión favorable hacia las crías se manifiesta especialmente en los animales que están criando, y sirve para garantizar las atenciones que necesitan. En los hombres es bastante marcada, a todos nos gustan las crías, y no sólo de nuestra propia especie.

La predisposición favorable es muy utilizada por los fabricantes de muñecos, que exageran los rasgos infantiles, y también en las ilustraciones de cuentos y en las películas animadas con esos simpáticos personajes que atraen a niños y adultos, como el ratón Mickey, o los pitufos. El niño responde al cuidado que se le presta y muy pronto empieza a establecer relaciones

con las personas con las que está en contacto. Eso no quiere decir que diferencie e identifique a las personas desde el principio. Posiblemente hay un interés inicial por las personas porque son fuentes privilegiadas de estimulación, mucho más versátiles que las cosas. Las personas producen estímulos de varios tipos, visuales, sonoros, táctiles, etc., y además son iniciadoras de acciones. Esto necesariamente tiene que interesar al niño que es un buscador de estimulación.

Algunos autores defienden que los bebés tienen una "disposición" social, que les hace responder y reconocer de alguna manera a las personas desde el principio. No puede firmarse con total certidumbre que no sea así, pero las pruebas a favor no resultan muy claras. En múltiples campos del desarrollo se ha ido descubriendo que el hombre no dispone al nacer de capacidades muy especializadas, sino otras muy generales que se van especializando gracias al contacto con el medio y los intercambios con los otros.
Por ello parece que el niño no empieza identificando y diferenciando a unas personas de otras y quizá ni siquiera de los objetos. Lo que empieza reconociendo son situaciones que se han producido anteriormente en su corta vida, situaciones de las que forman parte también las personas. Reconoce la situación de la alimentación, del baño, o del cambio de pañales, y dentro de ellas reconoce también las posiciones en que se le coloca para mamar o para bañarle, lo cual le va a permitir pronto anticipar lo que va a suceder.

Hitos en el establecimiento de las primeras relaciones sociales

Hay una serie de fenómenos que ponen de manifiesto el progreso social desde momentos tempranos del desarrollo. Durante el segundo mes de vida se produce la *sonrisa social*, que va unida a un interés por las personas. La sonrisa aparece desde muy pronto, pero sólo es hacia las cuatro o seis semanas cuando empieza a manifestarse como una respuesta a estímulos externos (antes lo es sobre todo a estímulos internos, a la sensación de bienestar, es la denominada sonrisa fisiológica) y poco a poco va asociándose con estímulos sociales y con la cara humana.

Se produce también hacia esta época un *interés por las personas* como fuentes de estímulo privilegiadas, aunque probablemente todavía no exista un reconocimiento de las personas en cuanto tales y sobre todo una diferenciación entre ellas.

Hacia los siete u ocho meses (tomando siempre estas edades como una mera referencia), se produce un conjunto de hechos que señala un paso adelante. Hacia esa edad se forman *lazos más estrechos* con una o varias personas específicas, en particular con la madre o la persona que cuida más permanentemente al niño. Pero además se produce lo que se llama la *ansiedad por la separación*, es decir, manifestaciones claras de disgusto cuando se produce una separación. Si la separación se prolonga, el niño cae en un estado de ansiedad, de disgusto, de agitación y tanto las separaciones como los reencuentros tienen un marcado carácter emocional. Se ha señalado que si los niños se separan antes de esta edad, como por ejemplo para ser adoptados en otro medio familiar, se pueden producir ciertos desajustes debidos al cambio de prácticas y de rutinas pero que no son comparables con los efectos que tienen las separaciones posteriores a partir de los siete u ocho meses. Ello sería debido a que todavía no se han formado los apegos.

Y un tercer hecho notable que se produce hacia esta edad es el *miedo a los extraños*, que antes no se producía. Los niños de pocos meses pueden ser cogidos y responden igualmente bien a diferentes personas pero a partir de los siete u ocho meses se empiezan a manifestar reacciones de disgusto y de rechazo hacia las personas desconocidas y tendencia a orientarse hacia las personas conocidas, con las que haya apegos, si están presentes.

Todos estos hechos anteriores constituyen una serie de mojones importantes en el establecimiento de las relaciones con otros que han sido señaladas por los psicólogos.
Hay que señalar que el niño aprende de la regularidad de los acontecimientos. Cuando las cosas se producen siempre de una misma manera, cuando los acontecimientos se desarrollan con un cierto orden constante, el niño tiene muchas más posibilidades de adecuar su conducta y también de realizar anticipaciones, produciendo esa adecuación incluso antes de que los acontecimientos tengan lugar. Generalmente los adultos se comportan de una manera regular en las rutinas del cuidado del niño, en darle de comer, limpiarle, interaccionar con él, calmarle, etc. Esa constancia resulta entonces muy importante para el desarrollo.

Las expresiones emocionales

Los seres humanos no nos encontrarnos siempre en la misma situación anímica, sino que vemos alterados nuestros estados de ánimo cuando suceden ciertas cosas a nuestro alrededor, es decir, experimentamos emociones, como la alegría, el miedo, la tristeza o la ira. Cuando se produce un acontecimiento que tiene una especial significación para nosotros experimentamos cambios en nuestro estado emocional, lo que facilita nuestras reacciones en esos momentos.

Además sirven para comunicarlas a los demás pues se manifiestan de diferentes maneras, en la expresión del rostro, en movimientos, en vocalizaciones y también producen alteraciones fisiológicas, como modificar la atención variar el ritmo cardíaco, segregar determinadas hormonas, etcétera.

Hacia la mitad del siglo XIX Charles Darwin se interesó por el estudio de las emociones, pues le llamó poderosamente la atención la semejanza entre las expresiones emocionales en distintos países, entre hombres de distintas razas e incluso entre hombres y animales, y supuso que tienen un importante valor adaptativo para la supervivencia de los individuos, pues ponen en marcha en un nivel muy básico, sin necesidad de tomar conciencia de ello, respuestas adecuadas a la situación.

Las emociones tienen también un gran valor comunicativo. La alegría nos permite alcanzar nuestro objetivo con más vigor y manifiesta a los otros el placer que la situación nos proporciona, la tristeza favorece el interés de los demás y provoca conductas de ayuda en los otros, la ira aumenta la energía en situaciones molestas. A través de las expresiones emocionales los demás saben en qué estado nos encontramos y pueden adoptar la conducta apropiada.

Aunque Darwin, autor de un famoso libro: *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* (1872), realizó una valiosa contribución al estudio de las emociones y otros psicólogos se interesaron por esos estudios, en épocas más recientes el estudio de las emociones ha permanecido estancado una de las razones por la que esto ha sucedido es porque las emociones son algo íntimo, interno, privado y resultan difíciles de estudiar. Sin embargo, a partir de los años setenta, se han empezado a utilizar métodos más precisos para estudiar las emociones, y entre ellos el análisis detallado de las expresiones faciales. Autores como Ekman (1972); Ekman y Friesen (1971); Ekman y Oster (1979) e Izard (1971), entre otros, han diseñado sistemas para analizar las expresiones faciales emocionales en sus componentes. La cara pasee 18 músculos faciales superficiales y cinco profundos que intervienen de distinta manera para dar una determinada expresión y cada emoción tiene unos componentes específicos.

El sistema de Ekman consiste en analizar el movimiento de los distintos músculos y de esa manera se puede determinar con exactitud cuál es la expresión. Gracias a estos procedimientos se ha podido comprobar con precisión que las expresiones emocionales son comunes a todos los seres humanos y se han tratado de detectar expresiones emocionales básicas. Aunque hay ciertos desacuerdos entre distintos autores hay un gran acuerdo para considerar la *alegría*, *tristeza*, *ira*, *miedo*, *sorpresa*, *desagrado* e *interés*, como emociones básicas. La tristeza dirige un estado negativo hacia el propio sujeto, mientras que la ira o rabia que se manifiesta ante una frustración, dirige los efectos hacia el exterior, tratando de eliminar los obstáculos. El miedo/terror es una anticipación de un peligro y se manifiesta en la evitación y la huida (cuadro 9.2).

En el bebé, que todavía no puede hablar, las emociones tienen una enorme utilidad para establecer la comunicación con los demás, para informar a los otros de sus necesidades. Puede esperarse entonces que la aparición de las emociones dependa del momento en que pueden desempeñar una función adaptativa. Hasta hace poco se suponía que los recién nacidos tienen una única expresión emocional, un estado de excitación indiferenciado, del que se irían distinguiendo emociones específicas. Sin embargo, los recién nacidos diferencian los sabores y lo manifiestan mediante diferentes expresiones y también producen llantos diferenciados. Hoy se tiende a suponer que el interés, disgusto y malestar, así como un precursor de la sorpresa, aparecen en los neonatos, y que la rabia, la sorpresa y la alegría se manifiestan hacia los cuatro meses, mientras que el miedo y la timidez surgirían en la segunda mitad del primer año.

Al mismo tiempo, las madres creen reconocer en sus hijos las expresiones emocionales desde muy temprano a través de las expresiones faciales, vocales, los gestos y movimientos de los brazos. En un estudio (Johnson *et al.*, 1982) se encontró que las madres de niños de tan sólo un mes, creían reconocer en un 99% el interés, en el 95% la alegría, en el 84% la ira, en el 75% la sorpresa, en el 58% el miedo y en el 34% la tristeza. Quizá sólo se trate de atribuciones que hacen las madres, pero, en todo caso, sirven para que respondan de forma diferenciada y posiblemente contribuyen así a consolidar las expresiones emocionales de sus hijos y la capacidad de comunicación.

Con el crecimiento va variando la manera de manifestar las emociones y cómo influyen en las acciones. Por ejemplo, cuando se frustra a un bebé de cuatro meses, limitando sus movimientos, dirige la ira hacia la causa inmediata, por ejemplo, hacia la mano que lo sujeta, mientras que hacia los siete meses se dirige hacia la persona que lo frustra. Ante inyecciones, los niños manifiestan primero cara de dolor, pero a partir de los siete meses expresan ira. La sonrisa es un elemento importante de las relaciones sociales, pero inicialmente sería una expresión refleja, que pronto se produce como expresión de satisfacción y de bienestar.

Ese bienestar se manifiesta con frecuencia como reconocimiento de situaciones anteriores y así el niño sonríe al patito de plástico, al sonajero, a la lámpara de la habitación. Los adultos refuerzan intensamente la aparición de la sonrisa con gestos de alegría, con mimos, con expresiones vocales o movimientos dirigidos al niño. Así, poco a poco, se va especializando como una conducta de tipo social, y esta es la forma que va a adoptar primordialmente y ésta favorece que se vuelva a producir y que se convierta en un elemento esencial de la comunicación social.

De este modo los adultos sonreímos sobre todo a otros seres humanos, aunque no sólo. La risa abierta aparece algo más tarde y es una manifestación más intensa que sirve además para descargar la tensión. Las emociones se van socializando y las madres imitan las expresiones emocionales de sus hijos, pero se van limitando, a medida que crecen, a repetir las expresiones emocionales positivas y así se enseña a los niños a limitar y controlar las expresiones negativas. De todas formas ese control está relacionado con la capacidad cognitiva y con la previsión de las consecuencias que las emociones tienen en los otros.

Pero los bebés no se limitan a expresar sus emociones sino que muy pronto son capaces de reconocerlas en los otros y de interpretarlas adecuadamente. Parecería que esa discriminación aparece hacia los tres meses todavía de una forma incipiente, pero hacia los cuatro-cinco parece clara la distinción y si se presentan caras con distintas expresiones emocionales, las de alegría y tristeza atraen más la atención y las miran más, mientras que la ira, el miedo, el desagrado o la tristeza tienden a evitarse e incluso provocan lloros en el niño (Iglesias, 1985).

Ya desde los tres meses los niños manifiestan síntomas de disgusto ante la cara inmóvil e inexpresiva de la madre, o ante su cara de tristeza. Así pues, los bebés son buenos reconocedores de las expresiones de los adultos más próximos y pronto van aprendiendo a responder a esas expresiones de forma adecuada. A partir del segundo año los niños son sensibles a las situaciones de tensión en los adultos y también son capaces de reconfortar a una persona en una situación negativa.

LA PRIMERA RELACIÓN SOCIAL

En los contactos repetidos del niño con su entorno se van estableciendo situaciones que se repiten una y otra vez de forma muy regular. Así, de ese conjunto de relaciones con personas y cosas, va emergiendo una relación especial con la persona que le cuida más directamente, con la figura materna, que puede ser su madre natural, una persona que

desempeñe esas funciones, o cualquier otra persona, pues parece que esa importante relación se puede establecer con cualquier adulto (y posiblemente incluso con un niño mayor).

Si se piensa un poco sobre cómo se establece esa relación lo primero que se le puede ocurrir a uno es que la alimentación, la limpieza y la satisfacción de las primeras necesidades ligadas a la supervivencia deben ser el momento y la causa del establecimiento de los primeros vínculos. Y así lo pensaron también psicólogos, psiquiatras y otras personas relacionadas con el desarrollo del niño, que durante largo tiempo sostuvieron que esa primera relación se establecía a través de la satisfacción de las necesidades del niño. Dado que el niño necesita que le alimenten, que le limpien, que mantengan su confort y que esa tarea la realiza generalmente una misma persona, el niño asocia la satisfacción de necesidades con la persona y va estableciendo una relación con ella. Con el tiempo la relación se independiza de la satisfacción y el niño encuentra un placer en la relación y el contacto con esa persona por sí mismo. Así a través de la satisfacción de una *necesidad primaria* se establecería una *relación secundaria*, que con el tiempo se haría autónoma.
Hoy consideramos que esa primera relación es muy importante para el desarrollo posterior del individuo, y que puede marcarle en su vida futura, pero no siempre se ha visto así.
Todavía a finales del siglo XIX se pensaba que la etapa más importante para la formación del carácter era la adolescencia, y así lo mantenían psicólogos de prestigio. Fue el médico vienés Sigmund Freud, el fundador del psicoanálisis, el que insistió en la importancia de los primeros años de vida para el desarrollo del niño, y defendió además que la relación con la madre constituye el modelo de todas las relaciones afectivas posteriores.

Una vez admitida la importancia de esa relación, que hoy casi nadie pone en duda, se trata de determinar cómo se produce. Psicólogos de muy distintas tendencias, incluido el propio Freud, han sostenido que la relación se establecía a través de la satisfacción de las necesidades, como acabamos de señalar. Freud, en uno de sus últimos escritos, el *Esquema del psicoanálisis,* redactado en 1938 escribe: El primer objeto erótico de un niño es el pecho de la madre que lo alimenta; el amor tiene su origen en la dependencia de satisfacer la necesidad de alimento. No hay duda de que en principio el niño no distingue el pecho del propio cuerpo; cuando el pecho ha de ser separado del cuerpo y aislado en el "exterior", porque el niño percibe su ausencia repetidas veces, entonces, como un "objeto", lleva consigo una parte de la catexis libidinosa narcisista primitiva. Este primer objeto llega a completarse más tarde hasta formar la persona de la madre, que no sólo alimenta al niño sino que cuida de él y provoca así en el mismo cierto número de sensaciones físicas diversas, placenteras y penosas. Al cuidar del cuerpo del niño se convierte en su primera seductora. En estas dos relaciones se halla la raíz de la importancia de la madre, única, sin paralelo, establecida inalterablemente para toda la vida, como el primer y más fuerte objeto amoroso y como el prototipo de todas las relaciones amorosas posteriores -para ambos sexos-. En todo esto los fundamentos filogenéticos predominan de tal modo sobre las experiencias personales accidentales que no importa si un niño ha mamado realmente o si ha sido criado con biberón y nunca gozó de las ternuras del cuidado materno. En los dos casos el desarrollo sigue el mismo camino; puede ser que en el segundo su nostalgia posterior sea mayor. Y por mucho tiempo que haya sido alimentado por el pecho materno, siempre le quedará la convicción, al ser destetado, de que su alimentación fue demasiado corta y demasiado escasa [Freud, 1938, trad. cast. p. 1047].

La explicación parecía muy razonable y fue adoptada por otros investigadores de corrientes tan alejadas aparentemente del psicoanálisis como el conductismo. En 1928, Watson sostenía en su libro *Psychological care of infant and Child*, que el amor es una respuesta condicionada igual que el miedo, y él había tratado de mostrar que el miedo se podía condicionar. Decía: El amor se produce en casa, se construye. En otras palabras el amor está condicionado. Usted dispone de todo lo necesario durante todo el día para establecer respuestas condicionadas de amor. Tocar la piel hace el papel de la barra de hierro, la visión de la cara de la madre hace el papel del conejo en los experimentos sobre el miedo. El niño ve la cara de la madre cuando le acaricia. Pronto la simple visión de la cara de la madre produce la respuesta amorosa. El tocar la piel ya no es necesario para producirla. Se ha formado una reacción condicionada de amor [Watson, 1928].

Hay mucha similitud entre estas dos explicaciones. En ambos casos el amor, la relación, se establece sobre la satisfacción de las necesidades más importantes y urgentes: la alimentación o el confort. El niño empieza a amar a la persona que le satisface esas necesidades. Una pléyade de investigadores siguieron estas ideas.

El descubrimiento del apego

La explicación parece muy clara, y hasta evidente, pero quizá uno de los avances más importantes de la psicología en época reciente haya sido mostrar que era falsa, y que la relación con los otros es una necesidad primaria, que se establece al margen de la alimentación y la satisfacción de otras necesidades.

El etólogo Konrad Lorenz, que mencionábamos antes, había observado que muchas aves, después de salir del cascarón, siguen al primer objeto que se mueve en sus proximidades (como mencionábamos en el capítulo 1) y establecen una relación muy fuerte con él, que se mantiene hasta que el animal se convierte en un ser independiente. Lorenz consiguió que patos y ocas se vincularan a él mismo y le siguieran por doquier, emitiendo pitidos de llamada y esperando que él los contestara como si fuera su madre. Se denominó t*roquelado* a esa primera relación que las aves establecen con un objeto que se desplaza.

En las condiciones naturales, ese objeto suele ser la madre, y Lorenz sostuvo que establecer esa relación, cuando el animal comienza a poder desplazarse por sí sólo, era muy importante para su supervivencia, ya que el adulto con el que establece el vínculo le protege de infinidad de peligros y facilita que llegue a convertirse en un adulto. Cualquier cosa que favorezca el mantenimiento de la proximidad con un adulto es algo beneficioso para la cría y Lorenz afirmaba que a lo largo de la evolución se han seleccionado esas conductas. A partir de estos estudios, dos vías de investigación independientes contribuyeron a entender la importancia de esa relación en los mamíferos superiores: los trabajos del psiquiatra inglés John Bowlby observando niños y los estudios del psicólogo norteamericano Harry Harlow que trabajaba sobre los efectos de la privación social en los monos. John Bowlby, tras estudiar diversos casos de privación afectiva durante la infancia, partiendo de la teoría psicoanalítica de Freud, y apoyándose también en el estudio de la formación de vínculos en los animales, formuló a

partir de 1958 la *teoría del apego*, según la cual la relación con los otros es una necesidad primaria y tiene un importante valor para la supervivencia de los individuos.

En los mamíferos no existe un troquelado del mismo tipo que en las aves, pero también se establecen fuertes vínculos con los adultos, generalmente a partir del momento en que la cría comienza a poder desplazarse por sí sola, cosa que en algunos casos se produce meses después del nacimiento. Es precisamente a partir del momento en que la cría dispone de la capacidad para alejarse cuando se encuentra más expuesta a múltiples peligros y cuando un vínculo con un adulto resulta más útil para favorecer su supervivencia.

Bowlby denominó a esa primera relación *apego* (*attachement)* y mostró que tiene un valor esencial para la supervivencia de los individuos y sería un precipitado de la historia de la humanidad y de sus antecesores en la escala biológica.

En efecto, el hecho de que el niño se mantenga próximo a un adulto sirve para preservarle de múltiples asechanzas y peligros y, por tanto, contribuye a su supervivencia y a la adaptación de la especie.

Por su parte el psicólogo norteamericano Harry Harlow (1958) comenzó a interesarse por la relación entre madre y crías en monos y llevó a cabo una serie de experimentos que han tenido una gran resonancia. La doctora Van Wagenen le comunicó que había observado que las crías de los monos establecen relaciones intensas con pañales que se dejan en la jaula, y esto le puso sobre la pista de la importancia que tenía el contacto corporal para el desarrollo. Harlow realizó una serie de experiencias de separación de monos de sus madres desde el nacimiento y los crió con madres sustitutas, una de las cuales consistía en un cilindro de alambre que tenía acoplado un biberón y otra un cilindro semejante, pero recubierto de felpa.

Harlow observó que, aunque el biberón estaba en la "madre" sustituta de alambre, los monos pasaban la mayor parte del tiempo que no estaban mamando subidos a la de felpa e interactuando con ella. Cuando algo asustaba a los monitos, éstos corrían a refugiarse en la "madre" de felpa. Naturalmente este descubrimiento constituía un duro golpe para la hipótesis de que la relación con la madre se establece a través de la alimentación.

CUADRO 9.3

▪DISTINTAS EXPLICACIONES DE LA FORMACIÓN DEL APEGO.

Autores	*Teorías*	*Explicaciones*
Freud	Psicoanalítica	El niño recibe de la madre el alimento que necesita. Poco a poco va estableciendo una asociación entre esa satisfacción y la persona que se la proporciona, de tal manera que se va formando un vínculo que se vuelve independiente de la satisfacción de las necesidades, y así se establece ese primer amor.
Watson	Conductista	La madre satisface las necesidades del niño y le proporciona confort. Poco a poco se va estableciendo una asociación entre esas satisfacciones y el rostro de la madre, de tal manera que se forma una respuesta condicionada de amor ante la sola presencia de la persona.
Bowlby	Etológica	El niño no puede valerse por sí mismo, y a partir del momento en que comienza a desplazarse, el mantenerse próximo a un adulto constituye una garantía para su supervivencía, Por ello la formación del vínculo es una necesidad primaria, que no se apoya en la satisfacción de otras necesidades.

Así pues, según la teoría de Bowlby, el individuo humano poseería entonces un sistema de conductas que tiene como resultado predecible la aproximación y el mantenimiento del contacto con el individuo adulto que se ocupa de su cuidado, que es la figura materna.
El bebé dispone de diversos sistemas conductuales característicos de la especie y que contribuyen a su supervivencia. Decir que tienen como resultado predecible el mantenimiento del contacto, significa que no es inexorable que se mantenga el contacto pero sí muy probable que suceda.

CUADRO 9.4

▪ BOWLBY Y LA FORMACIÓN DE LA TEORÍA DEL APEGO.

Hacia el final de los años treinta y comienzo de los cuarenta se empezaron a publicar una serie de trabajos sobre la importancia de los cuidados maternos y las influencias que su privación producía ulteriormente. La segunda guerra mundial, que produjo enormes alteraciones en la vida familiar y social, contribuyó al interés por el problema al existir un gran número de niños sin familia.

John Bowlby, un psiquiatra inglés que tenía una formación psicoanalítica, realizó en 1944 un estudio sobre delincuentes juveniles y descubrió que un rasgo común en sus historias era una carencia de atención materna y de afecto. En 1950 la Organización Mundial de la Salud le encomendó que redactara un informe sobre la salud mental de los niños, que apareció en 1951 bajo el título *Cuidados maternos y salud mental*. En él, tras revisar los estudios existentes, llegó a la siguiente conclusión: "Consideramos esencial para la salud mental que el bebé y el niño pequeño experimenten una relación cálida, íntima y continuada con la madre (o sustituto materno permanente) en la que ambos hallen satisfacción y goce".

Pero, como él mismo reconocía más tarde, el informe tenía un defecto. Aunque ponía claramente de manifiesto los efectos de la privación materna, no explicaba a qué se debían y cómo se producían; se carecía de una teoría desde la que poder explicar lo que pasaba. Por esos años un famoso biólogo, Julian Huxley, llamó la atención de Bowlby hacia los trabajos de los etólogos y en concreto hacia los estudios de Lorenz sobre el troquelado en las aves. La Organización. Mundial de la Salud organizó una serie de reuniones sobre el desarrollo del niño en las que participaron etólogos, como el propio Lorenz; antropólogos, como Margaret Mead; psicólogos, como Piaget; cibernéticos, como Grey Walter, y otros notables investigadores entre los que estaba el propio Bowlby. El contacto con Lorenz y con Hinde ejerció una profunda influencia sobre las ideas de Bowlby y en 1958 publicó su artículo "La naturaleza del vínculo del niño con su madre" en el que formulaba por primera vez una explicación en términos etológicos: el niño tiene una necesidad primaria de vincularse a un adulto y ello constituye parte de su supervivencia. Ese mismo año Harlow publicaba sus estudios sobre la privación social en los macacos y ambos autores entraron en contacto.

A partir de entonces Bowlby fue acumulando una inmensa cantidad de datos a favor de su teoría y fue elaborándola y perfeccionándola. Se preocupó por entender no sólo la formación del vínculo sino también la separación afectiva y la pérdida afectiva en la niñez y en la vida adulta. Su labor se plasmó en una trilogía que constituye un hito en la historia de la psicología: *El vínculo afectivo* (1969), *La separación afectiva* (1973) y *La pérdida afectiva* (1980).

Los trabajos de Bowlby han dado lugar a grandes controversias y numerosos investigadores, entre ellos Mary Ainsworth, colaboradora suya de los primeros momentos, han llevado a cabo numerosas investigaciones y han convertido el estudio de las relaciones sociales tempranas en un campo de estudio muy floreciente. Se le ha reprochado a Bowlby haber atribuido demasiada importancia al vínculo con la madre y haber descuidado la importancia de otras relaciones. La investigación permitirá aclarar las cosas, pero en todo caso la teoría de Bowlby ha abierto nuevos caminos para la comprensión del hombre.

Los componentes del sistema conductual son, por una parte, las *conductas señaladoras*, como llorar, llamar o sonreír, que tienen como función atraer la atención del adulto, y conductas más activas, como la locomoción o trepar que sirven para establecer y mantener el contacto. El apego sería un lazo duradero que se establece para mantener el contacto y que se manifiesta en conductas que promueven ese contacto.

Esas conductas se harían especialmente intensas en las separaciones o ante peligros. El niño mantiene el contacto visual con la madre y ante cualquier modificación del medio busca el contacto directo.

LAS ETAPAS DEL APEGO

Aunque la relación del niño con la madre no se establezca como resultado de la alimentación o de los otros cuidados físicos que necesita, es cierto que los momentos de atención al niño son importantes para el surgimiento de la relación.

En otras culturas es costumbre que el niño esté durante los primeros meses de su vida en contacto permanente con su madre o con otro humano mayor que él, que puede ser una hermana mayor, tía u otro pariente. Esos niños están recibiendo señales y contactos permanentes del adulto.

En nuestra sociedad no es así. El niño permanece muchas horas solo, en su cuna, y los adultos le atienden cuando llora, mientras se alimenta o tiene otras necesidades. En esas situaciones es donde interacciona con la madre. Pronto reconoce las situaciones y la figura de la madre empieza a emerger, a despegarse de ellas como el actor principal.

La teoría ecológica sostiene que a lo largo de la vida de la especie ha resultado esencial para su supervivencia la formación de un vínculo con un adulto que permita el mantenimiento de la proximidad. Por eso ese vínculo no necesitaría depender de ninguna otra necesidad, sino que sería una necesidad primaria. Pero el vínculo no se forma de golpe, sino que atraviesa por varias fases. Inicialmente, el niño empieza a atender a las personas, pero sin diferenciar a unas de otras, las diferencia sólo por algunos aspectos, pero que no se convierten en características propias de la persona. Pero el niño empieza a interaccionar con miradas, balbuceos, sonrisas, etc., que todavía son muy indiferenciadas. Recordemos que sólo hacia los tres o cuatro meses el niño empieza a reconocer las caras.

A partir de los tres meses aproximadamente el niño empieza a producir respuestas diferenciadas hacia las personas y sobre todo hacia una o unas pocas personas. El niño reconoce ya plenamente las situaciones habituales y además en esas situaciones empieza a emerger la persona (o personas) que le cuida, con la que establece un contacto diferente. Esta fase dura hasta los seis meses aproximadamente. En una tercera etapa, a partir de los seis siete meses, el niño no sólo diferencia netamente a una persona, sino que trata de mantenerse en su proximidad o en contacto, ya sea directo ya visual.

CUADRO 9.5

■ ETAPAS DEL ESTABLECIMIENTO DEL APEGO SEGÚN BOWLBY.

Etapa	*Edad aproximada*	*Características*
1	O a 2 meses	Orientación y señales sin discriminación de la figura.
2	2 a 6 meses	Orientación y señales dirigidas hacia una o más figuras.
3	6 meses a 3 años	Mantenimiento de la proximidad hacia la figura discriminada tanto mediante la locomoción como a través de señales.
4	A partir de los 3 años	Formación de una asociación con adaptación al objeto.

Basado en Bowlby (1969), trad. cast pp. 294-296.

El niño no sólo interactúa o responde a los gestos o las señales de los otros, sino que él mismo inicia gestos y acciones. Los comienzos de la marcha, que se desarrolla durante esta fase, van a permitir que el niño trate de mantener el contacto activamente, siguiendo a su madre. El niño es mucho más activo y trepa, se mueve y protesta fuertemente cuando la madre se va. Esta fase, que es cuando puede decirse plenamente que existe un apego, dura hasta los tres años, aproximadamente.

El que ese apego no se empiece a establecer hasta los seis-siete meses no es por azar sino que depende de todo el resto del desarrollo. Hasta ese momento, el desarrollo cognitivo del niño no le permitía discriminar claramente unas personas de otras, reconocerlas en diferentes posturas o situaciones. Pero además los progresos de la marcha, el que el niño comience a gatear y a desplazarse, y por tanto que pueda alejarse de la persona que le cuida, hace necesario el establecimiento de la relación.

La cuarta fase constituye un paso muy ulterior y en cierto modo de otra naturaleza. El apego ya ha sido construido la relación entre el niño y la madre está perfectamente establecida, pero el niño concibe todavía la relación desde su propio punto de vista. Le queda por concebir a la madre como un ser independiente de él y empezar a entender sus motivaciones, sus deseos, sus sentimientos, sus estados de ánimo. Esto va unido también a que la disposición de la madre hacia el niño es menor.

Ya no está siempre dispuesta a sus demandas sino que trata de disciplinarle, de "educarle". Esto va a permitir el establecimiento de una relación nueva, que no va a ser igualitaria, porque no puede serlo y nunca lo será, pero en la que la madre existe como un objeto independiente, que tiene sus propios deseos y necesidades, que pueden no coincidir con los del niño. Esta fase se inicia hacia los tres años y puede durar el resto de la vida.

La importancia del apego para la vida futura es enorme. Según Bowlby, en sus relaciones con las figuras de apego, el sujeto construye un modelo del mundo y de él mismo, a partir del cual actúa, comprende la realidad, anticipa el futuro y construye sus planes.

En el modelo de funcionamiento del mundo que cada uno construye, un rasgo fundamental es su noción de quiénes son sus figuras de apego, dónde se las puede encontrar y se puede esperar que respondan. De forma similar, en el modelo de funcionamiento del yo que cada cual construye, un rasgo fundamental es la noción de
hasta qué punto es uno mismo aceptable a los ojos de sus figuras de apego. En la estructura de esos modelos complementarios se basan las predicciones de cada persona acerca de lo accesibles y disponibles que serían sus figuras de apego si se dirigiera a ellas en petición de apoyo [Bowlby, 1973, p. 203].

En el modelo del mundo, una parte importante se refiere a las relaciones con los otros. Los individuos pueden desarrollar un modelo en el que se supone que otras personas están disponibles cuando uno las necesita o no lo están y entre esas dos posiciones extremas caben todas las intermedias que puedan imaginarse. Desde los primeros meses en adelante y a lo largo de toda la vida la presencia real o la ausencia de una figura de apego es una variable principal que determina si una persona está o no está alarmada por una situación potencialmente alarmante; desde la misma edad, y también a lo largo de toda la vida, una segunda variable principal es la confianza de la persona, o la falta de confianza, en que una figura de apego que no está realmente presente está sin embargo disponible, en concreto accesible y dispuesta a responder, si por cualquier razón se desea eso.

Cuanto más joven es el individuo más importante es la primera variable, la presencia
o ausencia real; hasta el tercer año es la varia dominante. Después del tercer cumpleaños las previsiones de disponibilidad o falta de disponibilidad adquieren una importancia creciente, y después de la pubertad es probable que se conviertan en la variable dominante [Bowlby, 1973, pp. 203-204].